

CAPITULO VIII.

SUMARIO.

RESÚMEN HISTÓRICO DE LA ÉPOCA CUARTA (1).¹

1. Estado moral y político del mundo durante la cuarta época de la Historia de la Iglesia. — 2. Clero. — 3. Roma y el pontificado. — 4. Calumnias de Luitprando contra los papas de esta época. — 5. Elementos de bien, ejemplares de ciencia y santidad durante la cuarta época de la Historia de la Iglesia. — 6. Conclusion.

1. La aparición de Carlomagno en los principios de la cuarta época es como un relámpago entre dos tempestades. La noche de la ignorancia que disipó en la gloriosa carrera de su reinado, volvió á cerrar despues de su muerte y aun espesó mas sus tinieblas. Alcuino, Hincmaro, Raban Mauro, Eginhardo, Paulo Diácono, Ratramno, Amalario, Prudencio de Troyes y Usuardo desaparecen sin dejar sucesores. Nadie se encontró capaz de levantar el cetro de la ciencia y del gusto, al modo que ninguno de los herederos del grande emperador supo mantener con mano firme el timon del imperio. Invadieron de nuevo en el mundo la ignorancia y la barbarie, y aunque este doble carácter no se aplique con igualdad á todas las partes de este período, y aunque haya sido exagerado por la pasión y malignidad, no puede negarse que bajo el concepto de luz y civilización, el siglo x, comparado con los tiempos que le han precedido y seguido, presenta un espectáculo verdaderamente triste. Si se exceptúan ciertos intervalos de tranquilidad, debidos á la influencia de algunos soberanos mas firmes y hábiles que los demás, se ve por do quiera una sociedad sin policía, un gobierno sin fuerza, leyes sin autoridad, colmada corrupción de costumbres. Las esperanzas que habia hecho concebir

(1) Los hechos relatados ya con la debida extensión, nos dispensan de amplias reflexiones en este lugar.

el reinado de Carlomagno fueron muy pronto desvanecidas por la debilidad de sus sucesores, por el abuso del sistema feudal y por las nuevas irrupciones de Normandos, Sarracenos y Bárbaros, en todas las partes de la Europa. Este desgraciado concurso de circunstancias volvió á sumir la sociedad en la barbarie de que habia salido. Y así nada hay mas desconsolador que el cuadro de los desórdenes á que se entregó el mundo desde Carlomagno hasta Gregorio VII. Porque el reinado de Silvestre II solo fué como una etapa en que el pontificado, bajo la influencia de tan gran pontífice, volvió á tomar su influencia y anunciaba ya la resurrección del orden. Pero la restauración no fué completa hasta el pontificado de san Gregorio VII. « El mundo, decia de su tiempo san Pedro » Damian, se precipita violentamente en el abismo de todos » los vicios, y cuanto mas se acerca á su fin, mas engruesa la » masa de sus vicios. La disciplina eclesiástica está casi universalmente descuidada. Los sacerdotes no reciben ya el respeto que les es debido, son hollados los santos cánones, y el » ardor con que debiera acudirse al servicio de Dios, se emplea en la codicia de bienes y goces temporales. Se ve confundido el orden legítimo de los matrimonios, y, con desdoro del nombre cristiano, se vive como los Judíos! ¿Dónde no » reina la rapiña y el fraude? ¿Quién se ruboriza ya del perjurio, de la lujuria, del sacrilegio, de toda clase de crímenes y pecados? Há ya mucho tiempo que hemos renegado » de la virtud y que nos están inundando desórdenes de toda especie. Un genio fatídico precipita al género humano en un » abismo de males y esparce á manos llenas los odios, venganzas y divisiones. Las guerras, los ejércitos, las irrupciones de enemigos, se multiplican á tal punto, que la espada hace » morir muchos mas hombres que las enfermedades. El mundo entero es un mar agitado por la borrasca; las disensiones y » discordias, semejantes á olas embravecidas, conmueven todos los corazones. El horroroso homicidio penetra por todas » partes y parece recorrer todos los países del mundo para reducirlos á una infausta esterilidad. »

2. El clero, preciso es decirlo, no estuvo siempre á la altura de su mision. Los obispos hasta los siglos vi y vii no habian sido tomados entre las naciones bárbaras. Elegidos entre los rangos de la sociedad vencida, acostumbrados á los estudios y disciplina romana, se mostraron dignos de su mision de apóstoles y de civilizadores. Pero desde esta época fué admitiéndose en la Iglesia el elemento bárbaro. Se introdujo en sus rangos ese espíritu guerrero, ese humor turbulento contra los que no cesaron de clamar los concilios. A esta causa de desorden vino á juntarse la perturbacion acarreada en el modo de las elecciones. Los príncipes y soberanos temporales se arrogaron el privilegio de estas, aunque conservando en apariencia las formas canónicas que prescribían que el obispo fuese escogido por los obispos de la provincia, el clero y el pueblo de la ciudad episcopal. Entonces se vieron obispos de quince años!... «Prelados, dice un autor contemporáneo, á quienes » era necesaria la palmeta del maestro, no el báculo pastoral.» Las riquezas del clero y el rango de señores que daban á los obispos fueron ocasion de otros abusos. ¡Tan cierto es que las mejores cosas tienen un costado flaco! Los obispos olvidaron su mision divina de pastores de almas por no pensar mas que en su título de señores feudales ó soberanos. La decadencia de los estudios y el olvido de los cánones aumentaban la calamidad pública: y para colmo del mal, el pontificado romano, entregado como juguete á los caprichos de algunos tiranos italianos, no tenia ni estabilidad ni influencia para remediar estado tan triste de cosas.

3. A su tiempo hemos insistido lo bastante sobre el estado deplorable de Roma ó Italia en esta época. La grande unidad imperial constituida por Carlomagno se desmembró despues de él. A todas las reprensiones que la historia repetirá á Ludovico Pio, es necesario añadir la excesiva ternura por hijos indignos que le inspiró la idea de partir en territorios su imperio. Cada provincia fué entonces un teatro de guerra entre ambiciones rivales. Estas divisiones políticas, arbitrarias, y sin ningun arraigo en los países, daban lugar á combates sin fin. Se multiplicaban

pues las guerras de sucesion para cada fraccion de territorio, y en tanto [que los príncipes, obcecados por mezquinerías rivales, se destruían mutuamente,] invadían todas las fronteras Magiaros al Oriente, Sarracenos al Mediodía, Normandos al Poniente y Norte. La ausencia de un poder imperial fuerte y respetado dejaba á los papas sin defensa, entregados á las empresas brutales de los duques de Toscana y otros señores italianos que se disputaban encarnizadamente su influencia en Roma. Hemos referido con frecuencia los funestos resultados de esta situacion. La autoridad de los soberanos pontífices, violentada por príncipes sanguinarios, no se ejercía con independencia, vigor ni libertad. Su reinado, frecuentemente abreviado por muertes violentas, solo tenia duracion efimera, de todo punto insuficiente para obrar grandes cosas.

4. Hemos explicado la causa de las calumnias con que se han denigrado las costumbres privadas de algunos papas: los historiadores han tenido que recurrir á Luitprando, hombre apasionado y por consiguiente suspecto, [pero que ha sido forzoso seguir por ser el solo capaz de conocer la historia contemporánea suya por su alta posicion y vastos conocimientos]. De todos modos, no hay que olvidar que la infalibilidad de los romanos pontífices en materia dogmática en nada pudo menoscabarse por las faltas personales. La conducta de la Santa Sede para con Focio prueba la incontrastable firmeza de la Silla de Pedro; y por otra parte el restablecimiento de la unidad fué recompensa de tantos trabajos. La resurreccion del imperio en la persona de Oton el Grande fué un acto de consumada política en la Santa Sede. En una palabra, si el pontificado tuvo que estar sujeto á las malas influencias de la época, tambien fué el primero en levantarse de la universal decadencia.

5. Memorias publicadas en nuestros últimos tiempos y obras desconocidas de los antiguos, nos dan á conocer que al lado de la corrupcion habia tambien escuelas de perfeccion cristiana y de ilustracion. En Verona y Verceil en Italia, en Cluny en Francia, y en los conventos del norte de España, hubo escuelas públicas en donde, á mas de las virtudes y cien-

cias cristianas, se aprendían también las humanidades y ciencias civiles, canónicas y teológicas. El monasterio de Bobio era un arsenal de sabios y santos. La biblioteca del Vaticano contó en esta época veinte y tres bibliotecarios de mucho saber. Numerosos santos mártires, confesores, obispos y ermitaños en España, y no menos santos obispos en las Galias y la Germania, eran un contrapeso al desorden de la época. El ejemplo de la religiosa, la bienaventurada Roswita, prueba que hasta en las mujeres hallaban las ciencias prosélitas.

6. En fin, para resumir completamente nuestro pensamiento sobre la cuarta época de la Historia eclesiástica, creemos nosotros que ha sido un período de trabajoso embrión en que todos los elementos religiosos é intelectuales, mezclados y amalgamados, preparaban con su fusión el esplendor y gloria del siglo XIII (1).

(1) Baronio pinta así el siglo X. « Sui asperitate, ac boni sterilitate ferreum, mali » exundantis deformitate plumbeum, inopia scriptorum obscurum. » (BARONIO, *Annal. ad ann. 900, nº 1.*)

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

TABLA DEL TOMO SEGUNDO.

ÉPOCA TERCERA DE LA HISTORIA ECLESIASTICA.

CAPÍTULO PRIMERO. — § 1. Pontificado de san Simplicio (476-483).	2
1. Carácter general de la tercera época de la Historia de la Iglesia. — 2. División política del imperio de Occidente. — 3. Concilio de Arles. — 4. Fausto, obispo de Riez. — 5. Persecución de Hunerico contra la Iglesia de África. — 6. Revolución de Constantinopla. Basilisco destierra al emperador Zenon. — 7. Restablecimiento de Zenon. Reacción á favor de la ortodoxia contra el eutiquianismo. — 8. Acacio, patriarca de Constantinopla, se hace eutiquiano. — 9. Publicación del <i>Henótico</i> , por Zenon. — 10. Juicio teológico del <i>Henótico</i> . — 11. Juan Talaya, patriarca legítimo de Alejandria, arrojado de su silla, se refugia en Roma. — 12. Muerte de san Simplicio. Diversos actos de este papa en Occidente.	
§ 2. Pontificado de san Félix III (483-492)	25
13. Elección de san Félix III. Pretensión de Odoacro, rey de los Hérulos, al derecho de confirmar las elecciones pontificales. — 14. Concilio de Roma. Envío de legados apostólicos al emperador Zenon. — 15. Debilidad de los legados, que faltan traidoramente á su misión. — 16. Concilio de Roma. Condención de los legados. — 17. Deposition de Acacio. Nuevos legados enviados á Constantinopla; apostatan como los primeros, y son anatematizados por san Félix III. — 18. Acéfalos. — 19. Concilio de Roma. Confirmación de la sentencia dada contra Acacio. — 20. Muerte de Acacio. Eufemio, sucesor suyo. — 21. San Sabas. San Teodosio el Cenobita. — 22. Gontamundo en África. Concilio de Roma á favor de los obispos católicos de África. — 23. Fin de la dominación de los Hérulos. Teodorico el Grande, rey de los Ostrogodos, en Italia. Muerte de san Félix III.	
CAPÍTULO II. — § 1. Pontificado de san Gelasio I (492-496)	44
1. Elección de san Gelasio I. Advenimiento de Anastasio el Silencioso al trono de Constantinopla. — 2. Administración prudente de Teodorico el Magno. San Epifanio, obispo de Pavia. — 3. Carta de san Gelasio I á Eufemio, patriarca. — 4. Carta del papa á Anastasio. — 5. Concilio de Roma. Cánón de las Escrituras	